

economía de doce días por la vía del Pacífico sobre la de Panamá, economía que se reducirá á seis por el de Tehuantepec.

Pero no es bajo este punto de vista como resulta la inferioridad comercial del camino del Pacífico. Existe en el comercio como un principio evidente, que la vía de agua es siempre preferible para el transporte á las vías de tierra, sobre todo, á grandes distancias.

En efecto: la compañía del ferrocarril del Pacífico habia calculado que tendria que cobrarse en el transporte de mercancías cerca de dos centavos por tonelada; pero segun las cuentas de 1868, ha cobrado en realidad á razon de 10½ centavos por tonelada.

Sin embargo, haciendo el cálculo mas bajo, porque las tarifas irán disminuyendo á medida que se regularice el servicio y se sistemen los gastos, considerando como precio medio 3 centavos por tonelada hasta Omaha y 10½ á San Francisco, por estar este tramo lleno de dificultades que hacen mas costosa su explotacion, resulta:

De Nueva-York á	
Omaha.....	\$ 43 95 por tonelada.
De Omaha á San	
Francisco.....	199 00

242 95 papel: 179 25 en cro.

Estos datos están tomados del informe del general Meing.

La tarifa de Panamá es de \$140 por tonelada: resulta, pues, á favor de esta última, una diferencia de \$39 25 centavos.

Del Havre á Nueva-York.....\$ 5 00

De Nueva-York á San Francisco. 179 25

\$ 184 25

Para el comercio de Europa:

De Saint-Nazaire á San Francisco,	
por Panamá.....	\$ 72 00
Del Havre á Hong-Kong, camino	
del Pacífico.....	204 25
De Saint-Nazaire á Hong-Kong,	
vía Panamá.....	105 00

Por estos datos se comprende que la vía de agua es muy superior, porque la diferencia en las tarifas es de tal manera importante, que la preferencia no es dudosa para el comercio.

Debe tenerse presente que la compañía de Panamá goza de un verdadero monopolio; y por consiguiente, que sus tarifas son todavía muy elevadas, por lo que las ventajas expuestas anteriormente tienen que ser mayores cuando exista la competencia entre las vías de Panamá y Tehuantepec.

Reasumiendo: la vía de Panamá es superior comercialmente á la vía del Pacífico, porque proporciona una rebaja importantísima en los gastos de transporte, y el camino de Tehuantepec superior al de Panamá, porque con él resulta un viaje mas corto y tambien una rebaja en los precios.

Con estas circunstancias tan ventajosas, debe creerse que la realizacion de la obra de Tehuantepec tendrá que ser un hecho consumado, del que no podrá ménos de felicitarse la República.

Como resultado de mi comision, he expuesto á vd. las anteriores consideraciones. En ellas me fundé para opinar, en mi oficio de 1º del presente, que debia aprobarse el trazo adoptado por la compañía.

Sírvase vd., C. ministro, aceptar las seguridades de mi muy respetuosa consideracion.

Independencia y libertad. México, Julio 20 de 1870.—Eduardo de Garay.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

EL 15 Y EL 16 DE SETIEMBRE.

Las fiestas cívicas son un lazo de laureles que une las generaciones pasadas á la presente. Instituidas desde los primeros tiempos, han tenido siempre por cardinal objeto poner de bulto ante los ojos de los ciudadanos, los mas heróicos y gloriosos hechos de sus mayores, para despertar el espíritu público, alentar el patriotismo, encender el deseo de imitar las grandes acciones, y promover, por tan bellos y nobles medios, el engrandecimiento de la patria. Entre nuestras fiestas nacionales, ninguna es mayor, por cierto, que la que al presente celebramos. Ella nos recuerda el glorioso principio de nuestra emancipacion política, y nos presenta el ejemplo mas insigne del mas acendrado patriotismo y de la determinacion mas heróica. Un venerable anciano sacrifica en aras de la patria su preciosísima vida, sin mas esperanza que la de iniciar un movimiento regenerador, dejando á brazos mas robustos y á guerreros mas afortunados, el cuidado de llevarlo á una feliz conclusión. Él bien sabia que no le era concedido ver el fin de la revolucion que iniciaba: pero sabia tambien que sin un espíritu fuerte que se atreviera á proclamarla por primera vez, jamas se verifi-

caria: su virtud heróica no le permitió de jar pasar una ocasion favorable: se decidió al sacrificio con la firme conviccion de que á su voz se levantarían por millares los patriotas, y que el suelo de Anáhuac, fertilizado con su sangre, haría brotar por centenares los héroes que habian de realizar el grandioso pensamiento que lo animaba; que no era otro sino dar á su querida patria la independenciam y con ella la libertad.

No se engañó el ilustre anciano, y dejando el incensario, empuñó el acero, se lanzó como un rayo á los combates, infundió su espíritu y su fé á la portentosa multitud que lo seguía, y brilló como un meteoro resplandeciente, para sucumbir al cabo de medio año á una de las mas negras traiciones. Pequeño fué, por cierto, el tiempo de su vida militar; pero le fué mas que bastante para formular su pensamiento, para crear una generacion nueva, y para darle jefes que, heredando su valor, su patriotismo y su heroicidad, marcharan por el camino que les indicó.

Bien conocida es la historia de la desastrosa guerra que siguió al glorioso alzamiento del pueblo de Dolores. Muchos

ilustres historiadores han referido minuciosamente los numerosos y variados acontecimientos que tuvieron lugar en los once años que duró tan encarnizada lucha. Pero al hablar de lo que en Nuevo-Leon pasó en aquella época gloriosa, son tan escasas sus noticias, que casi nada nos dicen. Por otra parte, un lapso de tiempo de más de medio siglo ha oscurecido las tradiciones, de manera que rarísimo es el hombre que algo sabe de tan fecundos é interesantes sucesos. Por esto intento ahora refrescar olvidadas memorias, procurando desentrañar la verdad de entre las casi muertas tradiciones y de entre los pocos documentos que de aquellos tiempos nos quedan. ¡Ojalá y logre dar á mis conciudadanos una idea de la parte que á Nuevo-Leon tocó en acontecimientos de tan alta importancia!

Era el día 29 de Setiembre de 1810. El inmortal Hidalgo celebraba en Guanajuato el aniversario de su nacimiento y el esplendoroso primer triunfo de las armas independientes, alcanzado el día anterior en la memorable Alhóndiga de Granaditas. Mientras el noble caudillo de la independencia recibía felicitaciones y parabienes en medio de tumultuosas aclamaciones populares, en Monterey pasaban las cosas de muy diversa manera. De este día, tan digno de memoria, la tarde pasaba lentamente. Un hombre en la flor de la edad, de mediana estatura, de cabellera rubia, peinado de polvo, de hermosa figura y elegantemente vestido, despachaba algunos negocios en una oficina que estaba situada en la casa marcada hoy con el número 9 de la calle de Hidalgo. Este hombre era D. Manuel de Santa María, natural de Sevilla, caballero de la Orden de Santiago, gobernador político y militar del nuevo reino de Leon, largento mayor de los reales ejércitos y

comandante de milicias. Aunque español de origen, había venido de muy tierna edad al país, por lo que no tenía los hábitos peninsulares y era grande amigo y protector de los criollos. Cuando más distraído estaba, hé aquí que se le presenta un correo venido de San Luis Potosí por la posta, y le entrega un pliego de parte del brigadier D. Félix Calleja, subinspector de las tropas reales. El estallido súbito de un rayo hubiera aturrido ménos al gobernador que la lectura de aquel terrible documento. «Una insurrección popular con señales de terrible trascendencia,» le decía Calleja, que había estallado en el pueblo de Dolores; y le ordenaba, al mismo tiempo, que hiciera marchar violentamente á San Luis la parte que tuviera de la compañía veterana de Lampazos y los doscientos cincuenta milicianos destinados á reforzar el ejército de Tejas. También le ordenaba que levantara un cuerpo de trescientos milicianos para cuidar su provincia. Qué impresiones tan diversas debió causar esta noticia en los ánimos de los nuevo-leoneses; cualquiera podrá imaginárselo, con solo que sepa la odiosa rivalidad que entónces, por desgracia, se había desarrollado entre criollos y gachupines.

Al siguiente día, á pesar de ser domingo, el gobernador se ocupó, con inmenso trabajo porque entónces no había imprenta, en despachar circulares á todos los pueblos de la provincia, avisándoles tan ruidosa novedad, y mandándoles estar listos para la defensa si llegaba á ser necesaria. El inmediato lunes contestó á Calleja, prometiéndole obedecer sus órdenes. Mas en su misma contestación revela lo poco dispuesto que se hallaba para cumplir lo que prometía: en ella alega que la circunstancia de estar una gran parte de los habitantes de la provincia en la feria del Saltillo,

la escasez de numerario, lo despoblado de esta tierra por los alistamientos anteriores, la escasez de cabalgaduras, y sobre todo, la necesidad que tenía de fuerza armada para contener los descontentos, «semilla abundante y nada conocida,» le impedirían hacerlo con la prontitud debida. Sin embargo, mandó que viniera de Lampazos el capitán D. Juan Ignacio Ramon con una parte de la compañía presidial; y que D. Francisco Bruno Barrera pasara al Saltillo á recoger los oficiales y soldados de milicias que se encontrasen allí, encargándole hacerlo sin alborotos, nada convenientes en aquella numerosa reunión.

Entretanto, comenzaron á circular clandestinamente por los pueblos proclamas y noticias de la insurrección. El gobernador mandó recoger estos documentos, y pidió al señor obispo Marin, que no se hizo del rogar, que conminara con la excomunión á los que no los entregasen.

Era ya la mitad del mes de Octubre; las tropas pedidas por Calleja ni salían ni tenían traza de salir. El gobernador para justificar esta demora celebró una junta de guerra, la cual acordó, que ántes de obedecer la orden, se consultara al Sr. Calleja de qué fondo se había de disponer para vestir y socorrer la tropa que debía marchar. En espera de la contestación de esta consulta estaba D. Manuel Santa María, cuando un oficio de D. José Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, vino á serenar todos sus temores: «El riesgo pasa á ser remoto,» le decía, refiriéndose á una carta de D. Manuel Acevedo, intendente de San Luis, en la que daba la noticia de que en un punto llamado Buena Vista habían sido derrotados los insurgentes, y que Calleja perseguía los restos con un poderoso ejército. Creyendo cierta esta noticia, el gobernador se calmó en términos que

creyó oportuno el momento para cumplir las órdenes del subinspector. Mandó salir al segundo comandante D. Pedro Herrera y Leyva con doscientos hombres para San Luis; y en su lugar nombró segundo comandante de la provincia á D. Juan Ignacio Ramon, capitán de la compañía veterana de Lampazos. Al cuidado de este y del alcalde de primer voto D. Antonio de la Garza y Guerra dejó Santa María la ciudad, saliendo fuera de ella no sé con qué objeto.

Poco duró la calma y la confianza del partido realista. A mediados de Noviembre nuevas comunicaciones del coronel Cordero renovaron en mayor escala las pasadas alarmas. La ocupación de la plaza de San Luis Potosí por el ejército independiente, decidió á Cordero á situarse con la mayor fuerza posible en San Juan de la Vaquería, para oponerse á los insurgentes si emprendían penetrar á estas provincias. Esta reunión de tropas fué después el famoso campamento de Agua Nueva.

Alarmado con esta noticia el segundo comandante, pidió se reuniera el ayuntamiento, el cual acordó que se oficiara al gobernador para que viniera á defender su capital, haciéndolo responsable si no venía, «para con Dios, el rey y la causa pública». Acordó al mismo tiempo que se pidiera al cabildo eclesiástico consejo y dinero: que se solicitara del Sr. provisor Dr. D. José Leon Lobo y de su clero un donativo voluntario: que se suplicara al Sr. cura Dr. D. Fermín de Sada que exhortara al pueblo á la defensa: y que las bocas de la sierra, llamadas del Pilon y Santa Rosa, se guardaran con tropas al mando del subdelegado de la Mota D. Domingo Narciso de Allende.

Crecían por momentos los apuros. D. Pedro Herrera y Leyva se encontró en Venegas á los españoles de Catorce, que con